

Porfirio y las ninfas de Ítaca

Ángel García Galiano

Porfirio, seguramente el más grande discípulo de Plotino, griego de origen sirio, educado en Atenas, en su juventud se interesó por las religiones orientales, entre ellas el mitraísmo y el cristianismo, así como el zoroastrismo y la vieja sabiduría egipcia. Había escrito ya mucho sobre literatura, filosofía, astrología y religiones cuando en el 263 se traslada a Roma y se produce el acontecimiento que cambiará su vida y, por tanto, su obra: el encuentro con su maestro, Plotino.

A él le debemos, precisamente, las sendas vidas que escribiera de Pitágoras y de Plotino, así como la edición de sus *Enéadas*, pues fue él quien recopiló todos los textos dejados por el Maestro y los editó de la manera que ahora los leemos; cuenta en su haber, también, unos incisivos comentarios al *Parménides*, de Platón, además de un magnífico ensayo contra la ingesta de carne animal, y su defensa por motivos éticos, *De abstinentia*¹, que se podría calificar como el manifiesto vegetariano de la antigüedad. Murió a principios del siglo IV, en plena transformación ideológica y política del Imperio. A Porfirio debemos, en muy alta medida, la continuidad y expansión del pensamiento neoplatónico que, siglos más tarde, revivirá en Florencia de la mano de su traductor y continuador, Marsilio Ficino.

De su maestro, de Plotino, aprenderá cómo el verdadero sabio mantiene con alegría y serenidad la unidad de vida, es decir, que actúa siempre en la vida según la comprensión de su contemplación. Fruto de aquella es la relectura que hace Porfirio de la *Odisea*, de la que, como todo griego, era lector apasionado y entusiasta. Se nos ha conservado un delicioso y breve tratado que lleva por título *De Antro Nympharum, La cueva de las Ninfas*, cuya reciente reimpresión² me da pie para glosarlo e incitar a su lectura.

El texto consiste en un comentario filosófico a unos pocos versos del Canto XIII, aquel en que Ulises, por fin, arriba dormido (pues ha viajado en el vuelo de su sueño en la nave fantástica de los feacios) a su amada Ítaca, los marineros dejan su cuerpo inconsciente aún en las arenas de la playa y se nos describe, brevemente, el lugar donde fondean, una gruta, al pie de un olivo, a pocos metros de las aguas del mar. Ulises ha culminado, a

¹ Publicado por la ed. Gredos, con el título de *Sobre la abstinencia*.

² Porfirio, *El antro de las ninfas de la Odisea*, Madrid, Gredos, 2008, trad. de Enrique Ángel Ramos Jurado.

medias, su viaje, su proceloso regreso, solo a medias porque nada más despertarse, su mentora, la diosa Palas Atenea le expondrá la dura situación de palacio, con su mujer acosada por una horda de pretendientes a los que habrá de hacer frente, ayudado por su fiel porquero Eumeo y por Telémaco, su hijo, aún en tierras del Peloponeso, buscando a su padre y adquiriendo fama, huésped en Esparta de Menelao y Helena.

La lectura neoplatónica de la *Odisea*, que hace Porfirio, es, por supuesto, una interpretación simbólica, iniciática; entiende, con buen criterio, que debajo de las aventuras del héroe late una enseñanza muy clara: Odiseo es el ser humano encarnado, y su viaje es el viaje de la vida. Para volver a casa, para dejar de sentir nostalgia (el “dolor del regreso”, literalmente), tiene que aprender a despojarse de todo lo superfluo, deseos, anhelos, esperanzas, hasta de su mismo nombre. Descubrimos que “el regreso”, el viajero con su barca en medio de la mar³, lleno de vicisitudes y tribulaciones, hipnótico en su sucesión de peligros y placeres, es, precisamente, el medio que el ser humano tiene para aprender, para recordar, para despertar.

Vemos cómo en todas las duras pruebas por las que pasa Ulises, la gran tentación, siempre, es la de quedarse (vale decir, perderse, quedar atrapado en los halagos de la manifestación), unas veces porque corre el riesgo de perder la memoria (y por tanto el recuerdo de su verdadera patria y, con él, el anhelo para regresar), como en el episodio de los lotófagos, Hades o las sirenas; otras, porque puede quedar seducido por las distintas mujeres que se encuentra en su derrota y que le ofrecen, respectivamente, el poder, la magia, los secretos de ultratumba (Circe), la inmortalidad (la ninfa Calipso) o el amor y una vida extraordinaria en una verdadera isla *Utopía* de lo humano, como es Nausicaa y su maravillosa patria de Esqueria, en la que no hay murallas, ni armas, en la que los humanos aún conviven con los dioses, y en la que sus habitantes, las mujeres, se entregan a las tareas del bordado o del telar, los hombres al deporte, y ambos al canto y la danza.

Incluso una vez en su isla, tiene que, primero, recuperar su reino, padecer la condición de anónimo mendigo, y hasta ser vejado e insultado por los pretendientes y las criadas de la casa. Pero aun después de reconquistado su trono, su mujer y su hogar, que no son tres cosas, Ulises sabe que deberá cumplir la profecía de Tiresias y llegar a un lugar en donde sus habitantes no sepan qué cosa es un remo y que no coman alimentos sazonados con sal. Misterioso vaticinio que comprenderemos tras la explicación de Porfirio, al cabo.

Comienza su exposición con estas palabras: “Sentido enigmático tiene en Homero la gruta de Ítaca, que describe con los siguientes versos:

³ El viaje es la vida, el viajero la conciencia dormida, la barca el vehículo psicosomático que se nos ha tejido para esta aventura existencial, y la mar (y el airado Poseidón) es la mente, el mundo de la manifestación dual y laberíntica de la manifestación material.

*Al extremo del puerto hay un olivo de anchas hojas
y cerca de él una gruta amena y sombría,
consagrada a las Ninfas que llaman Náyades.
dentro hay cráteras y ánforas
de piedra, donde fabrican sus panales las abejas.
Dentro hay grandes telares de piedra, donde las ninfas
tejen sus túnicas con púrpura marina, maravilla de ver.
Y dentro aguas siempre manantes. Dos son sus puertas,
una del lado del Bóreas, descenso accesible a los hombres,
otra del lado del Noto es, en cambio, solo para los dioses, jamás por ella
entran los hombres, sino que es el camino de los inmortales.(Vv. 102-112)*

No se trata de imaginar que en Ítaca hay una cueva real, pues no es una descripción geográfica del sitio, pero tampoco hemos de pensar que todo ello consiste en una mera, extravagante y misteriosa ocurrencia del aedo; por tanto, procede una interpretación en clave alegórica, entendiendo esta caverna y los objetos y seres en ella descritos de manera simbólica: “Tarea ardua consideraron también los antiguos investigar y desvelar todo ello, y nosotros con su ayuda, y nuestro propio esfuerzo vamos a intentar descubrirlo.”

Junto a la gruta, Homero “ha añadido, místicamente, un olivo cercano”. La interpretación del mismo, de ese primer verso, la deja Porfirio para el final, y nosotros con él.

Una caverna, para cualquier filósofo neoplatónico, remite obviamente a la de Platón, cuando al inicio del Libro VII de la *República* nos relata su conocido mito, metáfora de la condición humana encadenada en este mundo material. La cueva es el universo, es el lugar donde habitan los cuerpos encarnados, un reino de sombras e interpretaciones pensadas, un mundo de presidio y pena al que la mayoría, por ignorancia, considera “la realidad” y, de ese modo, despacha sus tristes existencias midiendo sombras y cultivando opiniones encontradas al respecto, amarrados, sin saberlo, a una percepción de todo punto errónea y errada, al entender como real lo que son solo simulacros, jeribeques de humo y sombra en una pantalla traslúcida.

Desde un punto de vista metafísico, esta cueva es símbolo, pues, de la creación. Homero la califica, enigmática y paradójicamente, de “sombria” y de “amena”, ¿cómo es ello posible? Al ser imagen del universo, la materia informe, en tanto que caos oscuro y tosco, no puede sino ser “sombria”, pero una vez informada por la luz de la inteligencia (tal como explica que aconteció Platón en su *Timeo*), este caos se transforma en cosmos, en armonía, en lugar ameno, iluminado por la Idea que lo produjo y que le dio forma, sentido. El mundo sensible, sombrío, al ser informado por el inteligible, por la Idea, se transforma en ameno.

Incluso en un sentido antropológico (no olvidemos que para los neoplatónicos el hombre es un microcosmos, un pequeño universo), podemos decir que el mundo, para un

dormido, es sombrío, pero para un despierto, para un iniciado, para alguien que se ha desatado de sus ligaduras y ha emprendido el ascenso hacia la luz, es, sin lugar a dudas, un sitio ameno e inteligible.

Advierte Porfirio cómo en la más remota antigüedad, en los orígenes de las religiones, se consagraban grutas y cavernas a los dioses; la cueva ha sido siempre símbolo de transfiguración. El fenómeno de la “incubación” está presente en todas las tradiciones espirituales, el sabio “se retira” a una cueva y en ella tiene lugar la iluminación. Incluso, nos dice, antes de que hubiera templos, las primitivas ceremonias religiosas tenían lugar en estos grandes tabernáculos de la naturaleza, imagen clara de la propia creación del universo, pues en tanto que piedra, precisamente, en tanto que gruta⁴, manifiestan el mundo informe de lo material, y en tanto que oscuridad, que “nada”, ese *vacío* que las informa, de la que surgen, expresa su origen inmaterial e inteligible, noético.

El hecho de que la piedra mane agua, y cree esas bellas columnas catedralicias en forma de estalactitas y estalagmitas, motivo de asombro y casi veneración para el hombre, no solo primitivo, el mismo motivo del agua como creadora, como manantial de vida, es otro de los símbolos que conviene interpretar de este pasaje. No en vano las Ninfas que habitan esta portentosa gruta de misterios son las Náyades, divinidades marinas, diosas de las aguas, que presiden las fuentes (“que bien se yo la fonte que mana y corre⁵”, dirá luego el poeta místico que, como veremos, muy bien pudo conocer este texto neoplatónico) y que, en un sentido más amplio, simbolizan a las almas que habitan “el pueblo de los sueños”⁶, ese lugar intermedio entre el mundo manifestado y el *Kósmos noetós*, o Mundo de las Ideas puras, en que, según Pitágoras, habitan las almas que esperan encarnar.

Cita Porfirio un viejo canto, el *Himno a Apolo*, en que se alude a esta misma consagración de las ninfas marinas a las grutas y las fuentes:

Y a ti sus fuentes de sabias aguas

⁴ Cómo no recordar ahora esa espléndida octava gongorina en que describe, ni más ni menos, que la cueva del brutal cíclope:

*De este, pues, formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrío,
de los montes esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.*

⁵ “que bien se yo do tiene su manida”, esa manida, esa morada, ese fontal u origen no es sino la propia gruta, las oscuras cavernas del sentido, en cuyos resplandores calor y luz dan las lámparas de fuego, como proclama en su *Llama de amor viva*, acaso los versos más vertiginosamente misteriosos de la literatura española. Las lámparas de fuego, la Inteligencia, fulgen también en el fondo de “la caverna del sentido”, el mundo sensible, “que estaba oscuro y frío” (sombrió) y ahora, en cambio, da calor y luz (se ha tornado ameno), “junto a su querido”.

⁶ Cfr., *Odisea*, canto XXIV, v. 12.

*te han prodigado las Ninfas, cuyas sedes son las grutas de la tierra
alimentadas por el soplo de la Musa
para el divino canto; ellas, por el suelo,
por todas partes haciendo brotar las aguas
proporcionan a los mortales incesantes olas
de sus corrientes...*

Y en un menos viejo canto, perteneciente al disco *La Luz de Itaca*, en la canción

VIII, titulada *La Isla*, que narra la llegada del héroe a su patria, se nos dice:

*Vas navegant
cap al sol de ponent,
l'Illa divises
i a la badia el jardí.
S'obrin les portes,
les portes de la llum,
veus l'olivera,
les vinyes i el blat.
Brotan magranes
com brolla i corre la font.
Dintre la cova
les nimfes teixen cançons.
Caen les Hores
i l'Illa enmudeix,
oh, bella música,
jardí secret.*

*Vas navegando
hacia el sol de poniente,
divisas la Isla
y en la bahía el jardín.
Se abren las puertas,
las puertas de la luz,
ves el olivo,
las viñas y el grano.
Brotan granadas,
como mana y corre la fuente.
Dentro de la cueva
las ninfas tejen canciones.
Caen las Horas
y la Isla enmudece,
oh, bella música,
jardín secreto.*

La Luz de Itaca, de Elies, disco y libreto en el que se canta el viaje de Ulises de una manera muy cercana a como la interpretaban los filósofos neoplatónicos, pero cuyas canciones se tejieron sin conocer el texto de Porfirio. Dentro del disco hay un prólogo muy bello, atrio para su escucha, de Consuelo Martín.

Precisamente el descenso al mundo sensible, según la ciencia de la época, acontecía porque las almas se humedecían y densificaban, por tanto estas aguas siempre manantes no son sino el símbolo de la esencia material, vehículo mediante el que las almas *descienden* a la generación. “Ninfas Náyades”, explica Porfirio, “son, pues, las almas que se encaminan a la generación. De donde procede la costumbre de llamar ninfas a las recién casadas, en la idea de que su unión tiene como fin la generación (...) Mas para las almas iniciadas en la naturaleza, el cosmos es sagrado y amable”, aunque siga pareciendo oscuro y sombrío, evidentemente, para los dormidos.

Prosigue ahora su interpretación prestando atención a esas cráteras y ánforas que yacen en el suelo de la gruta. Símbolos de Dioniso, sin duda, el dios de la muerte y la resurrección, el vino-sangre del dios, cuyo dulce fruto de la vid es madurado, para regocijo de los humanos, por el fuego celestial de Apolo, el Sol no-dual que rige y gobierna los procesos germinativos. El olivo de Atenea, las viñas de Dioniso, los campos de trigo de Eleusis, tres símbolos claros de iniciación para el alma griega, a los que Juan de la Cruz introdujo el “mosto de granadas”, degustado con el Amado en la “interior bodega”, en la

cueva del alma, durante el proceso de la incubación en que el mosto, al oxigenar sus espíritus –*al-kooles*, en la terminología alquímica árabe- se convierte en vino, y gracias al dulce néctar, motivo fundamental de la poesía sufí, “al adobado vino”, a las “emulsiones de bálsamo divino”, la crisálida se transforma en mariposa, “la amada en el Amado transformado”.

En este contexto dionisiaco, es decir, transfigurador, en el que el mosto se convierte en vino, y el sueño de las almas en vida encarnada, en que las almas descienden a su generación, las ninfas tejen en unos telares de piedra una telas tendidas en púrpura marina⁷ que, según Porfirio, simboliza los huesos, la carne y la sangre de los cuerpos que las propias almas urden, como vehículos e instrumentos para su experiencia temporal. Y nos recuerda que los antiguos llamaban al cielo *manto*, en tanto que es el ropaje con que los dioses uranios se revisten y manifiestan.

Las ninfas-abejas, en estas cráteras alquímicas y dionisiacas tejen, fabrican sus néctares, vale decir, las almas construyen el cuerpo con el que se van a manifestar en la existencia para continuar su aprendizaje, una vez encarnadas. Y lo llama miel, a este vino-néctar, porque es dulce, es apetecible, simboliza el agua y el semen de la generación, también el placer que ello mismo produce y, además, el peligro que supone la identificación con este goce sensible (motivo último de la encarnación, para Porfirio), porque puede suceder, y es normal que acontezca, que el humano encarnado identificado con los placeres materiales, simbolizados aquí con este tan homérico “vino dulce como la miel”, se pierda en la manifestación, se duerma y se olvide de su verdadera patria, es decir, que se cumpla eso que el ingenioso Odiseo supo conjurar⁸ en todas y cada una de sus aventuras para, por fin, llegar a buen puerto, besar las sagradas arenas de Ítaca, agarrar con una mano el arco, con el que defenderse de los pretendientes, y con la otra la amena lira de Apolo, para seducir a todos con el canto, con el cuento de sus hazañas.

⁷ Una vez más, recuérdense estos versos portentosos del cántico:

*Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.*

En donde el verbo “tender” en algunas copias se trasladó como teñir, “en púrpura teñido”, por desconocimiento del arte de tejer, pues tender es precisamente la manera de hilar en el telar, de trazar el haz y la urdimbre del tejido. Cosa que Juan conocía muy bien pues Catalina, su madre, una vez viuda, se ganaba la vida como tejedora, para intentar alimentar a sus tres hijos.

⁸ Estaba sin duda aquí Juan de la Cruz recordando algún pasaje de la *Odisea*, al escribir:

*por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.*

Recordemos que unos versos después de los que comentamos, cuando Ulises despierta por fin del profundo sueño de su viaje (y entiéndase ello literal y simbólicamente), una niebla circunda sus ojos a tal punto de que no reconoce su patria, entonces se desespera, se siente solo y abandonado por los dioses y piensa: “ojalá me hubiera quedado entre los feacios”, en la maravillosa isla de Esqueria, desposando a la dulce e inolvidable Nausicaa. Pero su destino era abrazar a su tierra y a su esposa, así que, cuando al fin la reconoce, gracias a Palas Atenea quien, bajo el olivo, le quita la niebla de sus ojos, el Viajero cae de rodillas, besa la tierra donadora de grano, alza los brazos y entona una oración de acción de gracias y una solemne promesa ¡a las Ninfas de la caverna!

Una caverna extraña, misteriosa, que posee dos entradas, una hacia el Norte, hacia el Bóreas (nuestro Cierzo) y otra al sur, al viento austral, o Noto. Al contrario que los templos, que se “orientan” de poniente a levante (recordemos Delfos, en la puerta de poniente Dioniso y en la de levante Apolo), la caverna tiene dos entradas, dos puertas, pero de Norte a Sur. No deja de recordarnos Porfirio que en la *República X*, cuando se nos cuenta el mito de Er, el soldado muerto, también aquel lugar en que las almas esperaban para encarnar disponía de dos entradas, que dos son las puertas que se mencionan en el *Poema* de Parménides, la puerta de la Noche y la puerta del Sol, es decir, la puerta de Perséfone, diosa de la Muerte, y la puerta de Apolo, símbolo de la Luz y de la no diferenciación⁹, la cual guardan las Horas, deidades que rigen las estaciones y, por antonomasia, la justicia y el orden, es decir, la armonía serena, cósmica, de la manifestación¹⁰.

Observa Porfirio cómo Homero explica que la puerta del invierno, la de Bóreas, es por la que los hombres descienden, mientras que la austral solo es propicia para los inmortales. Al simbolizar esta gruta la propia tierra (siendo este el lugar o plano de la encarnación), lo que está glosando Homero es cómo por la puerta norte, la de Cáncer, las almas descienden para coger un cuerpo, hacerse humanas; y por la puerta sur, la de Capricornio, ocurre, en cambio, el ascenso al recinto de la inmortalidad, una vez culminada con éxito la existencia material. Cáncer es el ámbito de la luna, comienza con el solsticio de verano, es decir, con el “descenso de la Luz”; Capricornio, en cambio, es el

⁹ A-polo, es el no-muchos, el No-dos, la pura Luz de la inteligencia.

¹⁰ También en el *Infierno*, de Dante, dos son las puertas, una por la que entran y descienden, y otra la caverna por la que ascienden hasta salir a la Isla en medio del Mar, la montaña del Purgatorio, que toca escalar, y trascender, para, una vez atravesada (Canto XXVII) la Puerta del Fuego, alcanzar el Edén, y en él, escuchar la voz de Beatrice que lo llama por su nombre por primera y última vez.

signo del Sol, su nacimiento se celebra en el solsticio de invierno¹¹. La luna simboliza la entrada en los mundos sublunares y mecánicos de la Materia; el Sol, el ascenso a los planos astrales y sutiles de la Luz.

Esta puerta, pues, proclama la vuelta *a y de* la Luz, el fin de la oscuridad y del invierno, la larga noche de piedra¹² (de la muerte-vida en este plano tosco y denso, valga decir), de la prisión en la Caverna; el umbral hacia una dimensión más lúcida de la Conciencia. Por eso, puede apuntar Porfirio que, en realidad, esta puerta austral no es de los dioses, sino “de los que ascienden a los dioses”, es decir, de las almas iluminadas que dejan el cuerpo y regresan a su verdadera morada, como Ulises a Ítaca y al abrazo de Penélope. Aunque sobre esto convendrá allegar más tarde una última palabra.

“A las almas que se encaminan a la generación y se apartan de la generación, lógicamente se les han asignado vientos, porque arrastran consigo un soplo, y porque tienen una esencia semejante¹³”. Las que se encaminan a la generación, las que entran por las puertas de Bóreas, las puertas de la Noche, las puertas del Invierno; y las que ascienden por las Puertas de Noto, las puertas de la Luz, las puertas de Apolo. Bóreas, el cierzo muerto¹⁴, es el viento airado de la generación, recordemos cómo intentó violar, poseído por su pasión ferina, a la ninfa Cloris y ella, suplicando a la diosa su ayuda, es

¹¹ De nuevo, la dicotomía sensible-inteligible, simbolizada con el oro y la plata herméticos, el sol rojo, rubedo, y la luna blanca, o albedo, de la alquimia y la magia. Esta argumentación básica es muy clara para la astrología neoplatónica y llegará hasta el Renacimiento, manifestada en su filosofía, su arte y su literatura.

¹² Hasta un poeta moderno, el gran escritor gallego, Celso Emilio Ferreiro lo advirtió al titular uno de sus mejores poemas *Longa noite de pedra*, el cual reza así:

O teito é de pedra.

De pedra son os muros

i as tebras.

De pedra o chan

i as reixas.

As portas,

as cadeas,

o aire,

as fenestras,

as olladas,

son de pedra.

Os corazóns dos homes

que ao lonxe espreitan,

feitos están

tamén

de pedra.

I eu, morrendo

nesta longa noite

de pedra.

¹³ *Ánemos*: viento, *ánima*: alma.

¹⁴ De nuevo Juan de la Cruz, en su *Cántico*:

Deténte, cierzo muerto;

ven, austro, que recuerdas los amores,

aspira por mi huerto,

y corran sus olores,

y pacerá el amado entre las flores.

metamorfoseada en la florida Primavera. A nadie se le escapa que estamos describiendo el famoso cuadro de Botticelli, pintado en clave iniciática, siguiendo las puntuales indicaciones de su maestro y amigo, Marsilio Ficino, quien acababa de traducir este y otros libros de Porfirio para su Academia neoplatónica.

Merced al amor por la belleza y al amor por la sabiduría, una de las Tres Gracias del cuadro, *Amor*, seducida por Hermes, por la Sabiduría y Belleza de Hermes, da la espalda al mundo y se eleva, guiada por el ascensional juego del caduceo del dios, más allá del *Hortus conclusus*, ameno prado de flores esmaltado, en el que tiene lugar el aprendizaje y embarazo de la Venus terrenal, y con ella el hombre político y su anhelo de civilización. Más allá, trascendido todo psiquismo (“estando ya mi casa sosegada”), espera a la enamorada la secreta escala, a oscuras y en celada, sin otra luz ni guía que la que en su corazón ardía, el ascenso hacia la puerta austral, en una noche oscura más hermosa aún que la alborada, pues se trata de la oscuridad de quien ya ha sido cegado por la Luz del Amor y de la Sabiduría, de quien ya ha salido de la caverna y es su resplandor el que, paradójicamente, no le deja, aún, ver la Realidad.

La doble puerta, en tanto que la gruta es imagen de la manifestación, significa también la naturaleza necesariamente dual de la misma. Un enmarañado ámbito de encrucijadas que se desglosa *ad infinitum* en nuevas y multiplicadas galerías: no es la perturbadora e hipnótica multiplicidad, sino el anhelo (aupado por la sabiduría, por el discernimiento) de regresar al Origen, lo que logrará sacar al humano de su deriva, de su derrota por el laberinto tormentoso o calmo de la Mar.

Oigamos, ahora, directamente a Porfirio, que no se ha olvidado de ese primer verso que dejó sin interpretar:

“Queda ciertamente por exponer el símbolo del olivo:

*Al extremo del puerto hay un olivo de anchas hojas
y cerca de él una gruta.”*

No es, como se podría creer, por simple azar que ha crecido así, sino que encierra el enigma de la gruta. Puesto que, efectivamente, el Cosmos no ha venido a la existencia al azar ni por casualidad, sino que es resultado de la sabiduría divina y de una naturaleza inteligente, se encuentra plantado junto a la imagen del Cosmos, que es la gruta, el olivo, símbolo de la sabiduría divina¹⁵.”

En efecto, el olivo es el símbolo de Palas Atenea, diosa de la Sabiduría, la Minerva romana: “al consagrar el olivo a la cabeza del puerto, Homero nos dice que este Todo no ha venido a la existencia espontáneamente ni como obra de un azar irracional, sino que es el resultado de una naturaleza inteligente y de una sabiduría desde la que todo ello ha sido

¹⁵ Obra citada, p. 244.

creado”. El mundo de la manifestación es sombrío para los dormidos, pero ameno y muy inteligente para los despiertos, para los que, como dice el propio Homero en el Canto XXIV, y parece querer reflejarlo Botticelli en su obra maestra, “Hermes tenía entre sus manos el hermoso caduceo de oro con el que hechiza los ojos de los hombres que quiere y de nuevo los despierta cuando duermen”.

El olivo se conserva siempre verde, su hoja es perenne y su fruto es alivio y bálsamo para nuestras fatigas y tonifica los miembros cansados, como los del propio Ulises cuando fue ungido por Nausicaa, a la que llegó náufrago, pobre, desnudo y cubierto de salmuera. En esta gruta, dice Homero, es preciso desprenderse de todo bien externo, y desnudo, asumiendo el aire de un mendigo, con el cuerpo lacerado, rechazando todo lo superfluo y abominando de los sentidos, deliberar con Atenea, sentados al pie del olivo, sobre cómo cercenar todas las pasiones que acechan nuestra alma. Pasiones representadas en forma de pretendientes, que devastan las riquezas de palacio, consumen sus alimentos, asedian a Penélope y amenazan a Odiseo con darle muerte, si algún día regresa. Son las “raposas” que cercan el “ameno huerto deseado” de la amada, en el *Cántico*:

*Cogednos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.*

Ulises, pues, para Homero, simboliza el hombre que atraviesa las sucesivas etapas de la generación hasta volver entre los que están libres de toda agitación de las olas e ignoran el mar:

*Hasta que llegues a esos hombres que no conocen el mar
ni comen alimento mezclado con sal.*

Tal y como proclama la profecía con que lo alertó Tiresias en su descenso al Hades, y que él bien recuerda, pues es lo primero que le manifiesta a Penélope (inquieto en su corazón desde que la oyó en su *Nekya*, hace ocho largos años), tras ser reconocido por ella y aun antes de abrazarla. Que es como decir: mi viaje no termina con recuperar mi reino y acariciar a mi esposa. “Ponto, mar, agitación de las olas también en Platón son sinónimos del mundo material.”¹⁶ En efecto, no es posible liberarse de la vida sensible simplemente cegándola (como a Polifemo), o esforzándose por abolirla de golpe, a fuerza de voluntad, salvando todos los escollos, escilas, caribdis, tentaciones (Circe, Calipso, Nausicaa) que salen al paso del Viajero, hay no solo que aprender a ser Nadie, sino a saber

¹⁶ *Ib.*, p. 246.

que “nadie” ha matado a los pretendientes, sino su propia ambición y sus obras insensatas¹⁷; y es que al hombre que se había jactado ante Polifemo de su nombre, que incluso había manifestado ingeniosamente tanta audacia y sabiduría, lo persigue el propio Poseidón, el dios del Mar, es decir, el dios de la manifestación, de la materia, a quien habrá que aplacar, sí, con sacrificios, fatigas, soledad, destierro, llanto e ingenio, convertido en mendigo y despojado ya de sus harapos. Pero ni siquiera así, abrazado en el lecho de olivo a su esposa en la noche memorable sin aurora, pondrá fin a sus fatigas hasta que (como le vaticinó el ciego adivino) no se halle completamente fuera del mar, es decir, de la mente, de la manifestación, de la procelosa agitación (y también fascinación) de sus olas. Verá su término cuando haya llegado a un lugar cuyos habitantes sean por completo ajenos a los trabajos marinos y materiales, en que no reconozcan un remo, cocinen sin sal y estén, por tanto, libres y desapegados de todo miedo (ahogarse) o deseo (navegar). No basta combatir contra, hay que desapegarse de. Entonces, solo entonces, Poseidón amainará su ira y Odiseo podrá cumplir la promesa que les hiciera a las Ninfas, de hinojos, recién llegado a la isla, en el momento de su despertar.

Y concluye Porfirio este extraordinario y lúcido análisis de los diez versos más misteriosos de la *Odisea*: “No se debe pensar que interpretaciones de este tipo son forzadas y verosimilitudes plausibles propias de gentes ingeniosas, sino que, si se tiene en cuenta la sabiduría antigua, la vasta inteligencia de Homero y su justeza en toda virtud, es imposible rechazar la idea de que bajo la forma mítica aludió enigmáticamente a imágenes y realidades más divinas. No hubiera podido forjar toda la historia felizmente si no hubiese modelado su ficción a partir de ciertas verdades.”

Parece, solo, obviar, Porfirio, que Homero no es en puridad el autor, pues él es solo el sabio y bien temperado instrumento de las Musas que raptan al poeta y le inspiran estos versos memorables, por eso el aedo le pide a la Musa, a la Hija de Dios, que le cuente también a él algún pasaje de este extraordinario regreso del varón ingenioso que supo, tras muchos y procelosos avatares, ascender a la cueva de las Ninfas por la puerta austral de los inmortales.

¹⁷ *Odisea*, canto XXII, versos 411 y ss.